

NUESTRAS CONVICCIONES Y ACTITUDES

élder Ángel Abrea
del Primer Quórum de los Setenta



"Una cosa es hablar del evangelio y otra es vivirlo. Una cosa es predicar de Cristo y otra es seguir sus pasos."

Hace unos años me encontraba en una de esas típicas plazas pobladas de árboles y monumentos, que son tan comunes en Argentina, observando el trabajo que un escultor efectuaba con su martillo y cincel dando los últimos toques a su trabajo. La escultura representaba bellamente una madre sosteniendo en sus brazos a un niño.

El artista se encontraba en la tarea de perfeccionar las manos de la madre esculpidas en el mármol. En mi opinión, los resultados del trabajo eran una verdadera obra de arte.

Mientras me encontraba en la actitud paciente y reflexiva de agregar algo a mis escasos conocimientos en el campo de la escultura, acertó a pasar un jovencito lustrabotas que se paró junto a mí y luego de mirar atentamente la tarea que el artista estaba realizando en el mármol me sorprendió con una pregunta: "Dígame, señor, ahora, ¿por qué la está rompiendo?"

La inesperada y casi ingenua pregunta del jovencito me hizo pensar en cuanto al ejemplo que damos o la imagen que ofrecemos con nuestros actos y procederes. Pensé en la importancia del ejemplo, la fuerza o la debilidad con la cual transmitimos nuestras convicciones personales en los actos de nuestra vida. Casi inconscientemente, acudieron a mi mente las palabras de Pablo: "Y si la trompeta diere sonido incierto, ¿quién se preparará para la batalla?"

De acuerdo con nuestro radio de actividad o la esfera de responsabilidad de cada uno de nosotros, influenciamos un cierto número de hijos o hijas de Dios. Nuestras actitudes, actos y palabras envían mensajes a los demás que de alguna manera afectan sus vidas para bien o para mal.

Nuestras acciones son el fruto de nuestra ignorancia o de nuestro conocimiento, de nuestra incredulidad o de nuestro testimonio. No podemos escaparnos de nosotros mismos, de lo que atesoramos en nuestro corazón, de lo que perseguimos o de lo que nos impulsa y motiva. El ejemplo que damos y la vida que vivimos es un reflejo de lo que somos,

En las palabras de amonestación que Alma da a su hijo Coriantón, podemos apreciar cómo los malos pensamientos que pueden anidarse en nuestros corazones conducen a acciones que resultan en malos ejemplos con el consiguiente efecto negativo en la vida de los demás.

"No te dejes llevar por ninguna cosa vana o insensata; no permitas que el diablo incite tu corazón. . . porque al observar ellos tu conducta, no quisieron creer en mis palabras." (Alma 39:11.)

Por otro lado, Nefi nos da un ejemplo sumamente significativo de la fortaleza de un testimonio que produce una actitud de seguridad que no deja lugar a dudas cuando ante la petición de su padre Lehi, él contesta: ". . . Iré y haré lo que el Señor ha mandado . . ." (1 Nefi 3:7.)

En esas circunstancias él no dijo: "Iré y veré qué ocurre" o "Iré y de acuerdo con las circunstancias actuaré", lo que hubiera sido motivo de confusión e incertidumbre, sino que su actitud fue la de alguien que no duda y por lo tanto actúa en consecuencia. Es interesante observar que Nefi no sólo expresa su decisión y determinación de ser obediente y llevar a cabo lo que se le ha pedido, sino que a continuación explica la razón que lo motiva a actuar de esa manera: "Porque sé que él nunca da mandamientos a los hijos de los hombres sin prepararles la vía para que puedan cumplir lo que les ha mandado". (1 Nefi 3:7.)

En otra ocasión, Nefi recibió la siguiente asignación del Señor: "Construirás un barco, según la manera que yo te mostraré, para que yo pueda llevar a tu pueblo a través de estas aguas". (1 Nefi 17:8.)

Después de recibir este mandamiento, la reacción de Nefi no fue la casi natural y lógica de decir: "Mira, Señor, nunca he construido un barco; no sé con lo hacerlo. La tarea es más grande de lo que puedo llevar a cabo. Además, seguramente mis hermanos se opondrán y harán el trabajo mucho más difícil.

¿No tienes otro medio para realizar el trabajo?"

No, este tipo de consideraciones no formaba parte de los recursos que Nefi utilizaba para tomar una decisión. Su contestación fue: "Señor, ¿dónde iré para encontrar el metal para fundir, a fin de que yo pueda hacer las herramientas para construir el barco? (1 Nefi 17:9.) En estas palabras podemos apreciar su decisión, su firme determinación de llevar a cabo lo que el Señor le había pedido. Más adelante, en el curso de los acontecimientos, cuando de acuerdo con lo previsible sus hermanos murmuraban y se oponían a la construcción del barco, Nefi los enfrenta con la fuerza de su testimonio cuando dice: "Si Dios me hubiese mandado hacer todas las cosas, yo podría hacerlas. Si me mandara que yo dijese a esta agua: Conviértete en tierra, se volvería tierra; y si lo dijera, se haría.

"Ahora, pues, si el Señor tiene tan grande poder, y ha hecho tantos milagros entre los hijos de los hombres, ¿cómo es que no puede enseñarme a construir un barco?" (1 Nefi 17:50-51.)

Las actitudes y las acciones que producen enseñanzas ejemplificadoras son aquellas que están motivadas por la fuerza de un testimonio.

Las convicciones que atesorarnos en nuestros corazones son mas importantes que nuestra propia vida si esas convicciones y tesoros son el resultado de un firme testimonio, producto de la revelación. Ello nos da el tipo de valor que nos permite

enfrentar las pruebas de la vida con la seguridad de que nuestro Padre Celestial aprobará nuestra acción no importa las circunstancias que nos rodeen, la ignorancia de muchos o lo difíciles de las pruebas.

En el mundo actual hay millones de personas que hacen lo posible, pero el premio es sólo para aquellos que hacen lo que parece imposible. Si las cosas pueden ser hechas, la eficacia personal y la habilidad pueden llevarlas a cabo. Si es que no pueden hacerse, sólo la fe y el testimonio pueden lograrlas.

Como hijos e hijas de Dios, no hemos recibido los mandamientos que nos muestran el camino para volver a El en forma condicionada, para cumplirlos solamente si es posible hacerlo o si las circunstancias lo permiten.

Ser obedientes, llevar a cabo lo que el Señor requiere de nosotros, ha sido y siempre será una constante en las vidas de aquellos a quienes El ha llamado a ser sus profetas. Como ejemplo, podemos mencionar lo que en una oportunidad el profeta José Smith expresó: "Esta es mi norma: `Cuando el Señor lo manda, hazlo.'"

Sin ningún tipo de dudas, José Smith fue un profeta con un gran espíritu de lucha y tenacidad. En una oportunidad dijo a su primo George A. Smith: "Nunca te desanimes. Si me hundiera en el pozo más profundo de Nueva Escocia y tuviera las Montañas Rocosas apiladas encima, lo soportaría, tendría fe, conservaría el valor y saldría a la superficie". (John Evans, Joseph Smith, an American Prophet, New York: MacMillan Co., 1946, pág. 9.)

La vida del Profeta de quien doy testimonio ha sido un ejemplo de lo que predico, habiendo dado siempre un mensaje claro de sus convicciones y testimonio.

Este tipo de determinación, de ejemplificadoras formas de vida, no quedan reservadas, como algunos pueden llegar a pensar, para una reducida minoría, sino que debería ser la actitud constante de aquellos que para obtener las bendiciones prometidas quieren seguir el consejo de: "Sé fiel hasta la muerte, y yo te daré la corona de la vida". (Apocalipsis 2:10.)

En las Escrituras encontramos ejemplos de cómo por medio de sus acciones, los padres envían "mensajes" a las vidas de sus hijos, los que pueden conducirles por caminos de obscuridad, o por el contrario, pueden enseñarles claramente el camino que les conducirá a la salvación.

Jacob, hablando a los nefitas, les dijo: "Por tanto, debéis recordar a vuestros hijos, cómo habéis afligido sus corazones a causa del ejemplo que les habéis dado; y recordad también que por motivo de vuestra inmundicia podéis llevar a vuestros hijos a la destrucción, y sus pecados serán acumulados sobre vuestra cabeza en el postrer día". (Jacob 3: 10.) El dramático poder del ejemplo de los padres en las vidas de los hijos queda claramente demostrado en esas palabras.

A veces, los malos ejemplos o el sonido incierto de la trompeta que los hijos reciben en el hogar llega en la forma de crítica a las autoridades de la Iglesia o en hablar suaves palabras fuera del hogar y las duras y destempladas dentro del mismo. El sonido no resulta claro si los hijos observan que el diezmo se paga cuando y si es

conveniente y oyen, justificaciones para no pagarlos en momentos en que la fe es débil. Es un sonido distorsionado cuando ellos ven que observar el día de reposo depende de los programas deportivos o de si el día es ideal para una salida al campo.

Aquellos que actúan de esta manera pueden compararse a aquellas personas a las cuales el presidente Hugh B. Brown describía: "El que conoce los preceptos y no los obedece es como el que enciende una vela en las tinieblas y luego cierra los ojos."

Ahora consideremos el sonido cierto de la trompeta en el ejemplo de Josué. Cuando fue necesario que su pueblo tuviera una palabra firme y un ejemplo contundente, en su discurso de despedida, él expresó: "Y si mal os parece servir a Jehová, escoged hoy a quién sirváis. . . pero yo y mi casa serviremos a Jehová" (Josué 24: 15).

Pensemos si la misma actitud, si la misma determinación de Josué fuera la de cada padre, ¿qué sonido claro tendría el mensaje que estarían enviando a las vidas de sus hijos?

En la edificación de hogares eternos, tenemos la necesidad de más modelos, de más luces y sin duda de menos campeones de la excusa y menos predicadores de obscuridad.

Una cosa es hablar del evangelio y otra es vivirlo. Una cosa es predicar de Cristo y otra es seguir sus pasos.

Cuando incorporamos el evangelio en la vida de cada uno de nosotros, éste moldea nuestras decisiones y determina nuestras acciones. Nos convertimos en modelos y ejemplos que pueden enseñar a otros el camino que conduce a la vida eterna sólo cuando vivimos los principios del evangelio.

En la gran misión a la cual hemos sido llamados, la de ser salvadores de hombres, que podamos seguir las palabras del Señor:

"De cierto os digo a todos: Levantaos y brillad, para que vuestra luz sea un estandarte a las naciones." (D. y C. 115:5.)

No podemos fallar en esa gran empresa porque nuestro Salvador Jesucristo nos ha dado el ejemplo: "He aquí, yo soy la luz; yo os he dado el ejemplo" (3 Nefi 18:16).

Conocemos la meta; tenemos el ejemplo; ahora esforcémonos y tomemos la decisión de seguir en el camino.

"Y ahora, amados hermanos míos, por esto sé que a menos que un hombre persevere hasta el fin, siguiendo el ejemplo del Hijo del Dios viviente, no puede ser salvo." (2 Nefi 31:16.)

En el nombre del Redentor, Jesucristo. Amén.